



- La formación a la vida consagrada como proceso único
Luis María García Domínguez, sj
- La formación a la vida consagrada en un contexto de complejidad
Ricardo de Luis Carballada, op
- La formación académica y la formación pastoral: de la tensión a la sintonía
Carlos Martínez Oliveras, cmf
- La formación para la vida fraterna en comunidad: un toque de atención
Moisés Salgado Gómez, osb
- Acompañar a las nuevas generaciones, imisión de todos!
M^o Luz de la Hormaza, aci
- Los jóvenes religiosos: don y reto
Bedritz Areskurtinga Idoyaga
- Don Bosco sacerdote, fundador y formador de religiosos
Jesús-Graciliano González, sdb

Volumen 54 N° 208 Octubre - Diciembre 2015

CONFER

Revista de Vida Religiosa
CONFER
Volumen 54 N° 208 Octubre - Diciembre 2015

**Aspectos
de la formación inicial**



PUBLICACIONES CONFER

Revista de Vida Religiosa

CONFER

Volume 54 / N.º 207 / Julio - Septiembre 2015

**La consagración religiosa:
identidad y peculiaridad**

CONFERENCIA ESPAÑOLA DE RELIGIOSOS

Revista
CONFER
Revista trimestral
de Vida Religiosa.
Reflexiones
sobre temas
de actualidad
en la vida religiosa.

Revista de Vida Religiosa

CONFER

**ASPECTOS
DE LA FORMACIÓN INICIAL**

Director

Pascual Cebollada Silvestre, sj

Consejo de Redacción:

Ernestina Álvarez Tejerina, osb

Miguel Campo Ibáñez, sj

José-Damián Gaián de Rojas, ocd

Carlos Martínez Oliveras, cmf

Esperanza de Pinedo Extremera, acj

Suscripción para el año 2016 a:

Revista CONFER

España: 39€

Extranjero (por avión): 45€

Número suelto: 11€, más gastos de envío.

Edita:

Confidencia Española de Religiosos (CONFER)

C/ Núñez de Balboa, 115-Bis

28006 Madrid (España)

Tel: 915 193 635. Fax: 915 195 657

Correo-e: revista@confer.es

Diseño:

Sentidocomún-Comunicación

Imprime:

Gráficas Dehon

La Morera, 23-25

28850 Torrejón de Ardoz (Madrid)

Depósito legal: M. 10.235-1999

ISSN: 0212-6729

Distribución:

Marisa Sanz Masa

Correo-e: suscripciones@confer.es

Administración y Publicidad:

Emilio Montes Cuadrado, oar

Correo-e: administracion@confer.es

Nota editorial:

Para frecuencia y precios de inserciones publicitarias en Revista CONFER contactar con Emilio Montes, Administrador, en el teléfono: 915 193 635, o en el correo: administracion@confer.es

Presentación

449

ASPECTOS DE LA FORMACIÓN INICIAL

La formación a la vida consagrada como proceso único

455

Luis María García Domínguez, sj

La formación a la vida consagrada en un contexto de complejidad

475

Ricardo de Luis Carballada, op

La formación académica y la formación pastoral: de la tensión a la sintonía

493

Carlos Martínez Oliveras, cmf

La formación para la vida fraterna en comunidad: un toque de atención

511

Moisés Salgado Gómez, osb

Acompañar a las nuevas generaciones, imisión de todos!

527

M^{re} Luz de la Hormaza, acj

Los jóvenes religiosos: don y reto

547

Beatriz Areskurriaga Idoyaga

Don Bosco sacerdote, fundador y formador de religiosos

567

Jesús-Graciliano González, sdb

COMENTARIOS Y RECENSIONES

Comentarios y recensiones

589

ÍNDICES DEL VOLUMEN 54

595

La formación a la vida consagrada como proceso único

Luis María García Domínguez, S.J.
Profesor de Espiritualidad
Universidad Pontificia Comillas. Madrid

La formación inicial a la vida consagrada tiene para los candidatos y jóvenes profesos los fines de “iniciarles en la vida religiosa” y de ayudar a realizar “su unidad de vida en Cristo por el Espíritu”, y esto “mediante la armoniosa fusión de sus elementos espiritual, apostólico, doctrinal y práctico”. Lo cual incluye procurar que “descubran en primer lugar, asimilen y profundicen después, aquello que constituye la identidad del religioso” para ser “testimonio significativo, eficaz y fiel”.

Estos objetivos se tratan de alcanzar a través de la articulación de unas etapas sucesivas de formación, y están reflejados en los programas formativos de cada Instituto, acomodados a las orientaciones que la Iglesia señala en sus documentos. En dichos textos se describen y articulan generalmente unas líneas transversales que fijan los contenidos de la formación y que van señalando criterios para facilitar y comprobar el crecimiento de los candidatos, según la dimensión humana, espiritual, intelectual, apostólica y comunitaria. Esta perspectiva constituye la propuesta formativa objetiva que cada Instituto ofrece a quien llama a sus puertas.

¹ CONGREGACIÓN PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA Y LAS SOCIEDADES DE VIDA APOSTÓLICA, *Orientaciones sobre la formación en los Institutos religiosos*, 1 y 6 (2.2.1990). Publicaciones Claretianas, Madrid 1990; en adelante citamos el documento como *Orientaciones*.

Pero la formación inicial es también un camino único y continuado, un proceso espiritual y humano que recorre el candidato hasta su integración en el Instituto; las etapas no pueden amenazar la unidad y continuidad del recorrido de la persona concreta que está en formación. Con esta mirada singular al candidato podremos confirmar la asimilación personal (o no) de los planes de formación y constataremos (o no) el crecimiento interior que se busca, pues "todos los elementos de la vida religiosa deben estar siempre ordenados a la constitución del 'hombre interior'²". Esta segunda perspectiva considera, por lo tanto, la otra cara de la moneda; es, a saber, la real asimilación subjetiva que el joven o la joven en formación hacen de la propuesta objetiva que le ofrece la institución.

En las siguientes páginas trataremos de este camino único que constituye la formación inicial. Recordando en primer lugar las líneas generales de las etapas de formación, en un segundo momento trataremos de señalar algunos criterios y pedagogías que puedan favorecer y verificar esa personalización de la formación, sin la cual es inútil el discursar cronológico y geográfico por etapas, experiencias y comunidades.

1. La formación como propuesta objetiva: las etapas

A quien quiere unirse a un grupo carismático que vive su vocación consagrada en la Iglesia según un determinado carisma se le presenta con claridad ese modo de vida cristiana y se le va introduciendo paulatinamente en él; lo que, en definitiva, le ayudará a configurarse mejor con Cristo y a testimoniarlo entre los hombres.³ "El *objetivo central* del proceso de formación es la preparación de la persona para la consagración total de sí misma a Dios en el seguimiento de Cristo, al servicio de la misión. (...) Se trata de un itinerario de progresiva asimilación de los sentimientos de Cristo hacia el Padre".⁴

Esta propuesta formativa se ha ido concretando en la articulación de una serie de etapas formativas que proponen al candidato los pasos sucesivos hacia una plena comprensión y vivencia del nuevo modo de vida, de modo que lo reconozca como cauce adecuado para su vocación particular. Un camino que es a la vez espiritual y de transformación humana.

Pero se establecerá inevitablemente en la formación un cierto juego dialéctico entre la propuesta objetiva (reflejado en los programas para cada etapa) y el ritmo subjetivo de asimilación (reflejado en la transformación real de quien se inicia, cuyos ritmos no siempre se acompañan perfectamente en su desarrollo cronológico⁵). En todo caso queda la propuesta objetiva como horizonte de referencia para la constatación del aprovechamiento en la formación. A continuación recordamos algunos objetivos de estas etapas y lo que se espera de los candidatos en cada una de ellas.

Acogida de la llamada

El comienzo de la formación parte, radicalmente, de la llamada de Dios y de la libertad y apertura del candidato a esa llamada, que se expresa al pedir orientación para responder a ella. La invitación de Dios remueve al sujeto, que se pregunta por sí mismo y por sus capacidades, ve confrontados sus proyectos humanos y está apremiado a responder. El Dios siempre más grande hace más pequeño a quien le escucha con fe, de modo que no se puede "ver a Dios y seguir viviendo" de la misma manera.

Quien recibe así la llamada y se deja interpelar necesita que alguien le escuche y le confirme que, efectivamente, Dios puede presentarse de improviso para llamar y atraer misteriosamente a los que por sí mismos

2. *Orientaciones*, 2, que cita 2Cor 4,16; Rom 7,22 y Ef 4,24.
3. Cf. *Código de Derecho Canónico* (CIC), c. 573; *Orientaciones*, 7.
4. Juan Pablo II, *Vita consecrata* (NC), 65.
5. Me he referido a este asunto en "Acompañamiento en los distintos etapas de la formación": *Vida Religiosa* 106/2 (2009) 141-150. Aquí señalo más el aprovechamiento del sujeto y menos el acompañamiento de las etapas.
6. Véanse los objetivos y contenidos de las etapas en *Orientaciones*, 42-65. Hablan de la formación el CIC 232-264 y 634-661, así como *Vita consecrata*, especialmente los nn. 63-71.
7. Recuérdese, por ejemplo, Gn 32,31; Ex 33,20; Is 6,5.

no son capaces. El discernimiento de la llamada tiene que hacerse, sin duda, de modo muy pausado y en modo alguno ingenuo; pero el reconocimiento de la autenticidad de esta llamada siempre desconcertante confirma el comienzo del proceso. Un arranque de la vocación que no es solamente desconcertante, sino esperanzador y profundamente consolador, pues Dios inunda con su amor y atrae más que atemoriza.

Primeras etapas

La preparación para el noviciado, que es cada vez más necesaria⁹ y que puede tener muchas modalidades, confirma (o excluye) la autenticidad de la llamada y formaliza la primera respuesta del candidato a su vocación. Y juntamente con el discernimiento de la llamada, antes y después de la entrada en el noviciado, comienza un camino de formación humana y de conocimiento propio. Pero no siempre es fácil al candidato entrar por este camino del conocimiento propio que forma parte de toda la tradición espiritual cristiana¹⁰ y que piden los documentos eclesiales¹¹. Porque algunos candidatos y candidatas prefieren vivir ingenuamente su ideal espiritual y les cuesta contrastarlo con su propia realidad. Otros proyectan sus desasosigos en su alrededor y encuentran la explicación de sus problemas en su entorno comunitario. Aunque es cierto que todavía otros pueden enredarse demasiado en su autoanálisis y en culpabilidades insanas.

Conocerse a la luz del evangelio y desde la mirada de Dios (y no solamente por pura introspección psíquica o mediante un esfuerzo de

8 "Los formadores (...), sobre todo, mostrarán la belleza del seguimiento del Señor y el valor del carisma en que éste se concretiza" (VC 66).

9 "La mayor parte de las dificultades (...) en la formación de los novicios provienen del hecho de que éstos no poseen, en el momento de su admisión al noviciado, el *mínimum* de madurez necesaria" (*Orientaciones*, 42).

10 "Estado del conocimiento propio jamás se ha de dejar...": SANTA TERESA DE JESÚS, *Vida* 13,15. La santa lo señala en todas las etapas de la vida espiritual: en las "moradas" primeras (1M 1,2; 1,8; 2,8); en las segundas (2M 2,8); en las cuartas (4M 1,9); en las quintas (5M 5,1); y en las sextas (6M 5,6): "porque primero da el Señor un gran conocimiento propio que hace estas mercedes".

11 El conocimiento de sí forma parte de la madurez humana y, específicamente, para entender y manejar la propia afectividad y sexualidad, así como las relaciones que capacitan para la vida en común; cf. *Orientaciones*, 43.

superación ética) no es sobre todo una exigencia de la vocación sino una gracia de la misma. Quien se conoce mejor y se acepta como pecador llamado por Dios a ser testigo de su amor será mucho más libre para dejarse transformar en todo lo posible por esa misma llamada y para testimoniar la gracia y la misericordia de Dios con el mundo. Por eso el conocimiento propio y el manejo de sí que lleva a la madurez deben atravesar ya todas las etapas.

En las primeras etapas de la formación los candidatos y candidatas aprenden a conocer mejor al Instituto y van confirmando y practicando la vocación conforme al carisma y modo de vida. De este modo su experiencia inicial de Dios se va convirtiendo en una invitación cotidiana, profundizada como relación más ordenada, reglada y sólida con Dios; relación a veces tranquila y gozosa, pero también probada en la sequedad y en la rutina: deben experimentar al Dios que está en sus vidas más allá y más profundo que sus consuelos afectivos.

Con esta experiencia de Dios probada y consolidada, y con la primera iniciación a la vida del Instituto, el noviciado confirma (al novicio y a la instituida) la llamada inicial, reconoce que existe una idoneidad inicial y ofrece el compromiso de los primeros votos, que por parte de quien los hace siempre tendrían que ser definitivos. El Dios que llamó ayer sigue llamando hoy, de modo que la respuesta no puede ser un día sí y otro día no.

Profesión temporal: formación intelectual y apostólica

Después del noviciado, y con la garantía de una vocación confirmada, probada y ya iniciada, se abre una etapa de formación intelectual y práctica para el carisma específico de cada Instituto, que puede incluir estudios civiles universitarios como preparación profesional, estudios teológicos para el apostolado y cierta formación profesional para el ejercicio concreto de la propia vocación. No se debería hacer pastoral con universitarios sin tener estudios superiores, ni se debería traba-

12 Es la experiencia de Pablo: "Doy gracias a Cristo Jesús Señor nuestro, el cual siendo yo antes blasfemo, perseguidor e insolente, me fortaleció, se fió de mí y me tomó a su servicio" (1Tim 1,12).

jar en el difícil campo social sin adecuada especialización; para nuestra vida consagrada es cierto lo que dicen todos los psicólogos para el amor humano: "no basta el amor", también se requieren habilidades.

Todos estos estudios se deberían comenzar sobre la base de la virtud probada y la rectitud de intención de hacerlo "no para una realización mal entendida que lleve al logro de fines individuales, sino para la satisfacción de las exigencias apostólicas de la familia religiosa".¹³ Tal pureza de intención en el estudio y en la actividad apostólica es imposible a los principios, por lo que se ha de trabajar y procurar a lo largo de esta etapa con mucha paciencia de la institución y notable abnegación del candidato para reconocer sus ambivalencias y rectificar sus agendas ocultas.

Articular los programas académicos de la necesaria formación intelectual es una tarea siempre abierta; pero añadirle además los contenidos propios de los nuevos tiempos y la nueva cultura puede inquietar notablemente a los formadores y abrumar o dispersar bastante a las personas en formación.¹⁴ Sin embargo el mejor ajuste de los planes de formación no puede garantizar por sí mismo que se realice el proceso formativo interior del profeso temporal si no se le ayuda de cerca a discernir en cada ocasión sus éxitos y fracasos, sus gustos y disgustos, sus aprovechamientos y sus limitaciones.

Si no es fácil la integración existencial de tantos requerimientos teóricos y prácticos, tampoco lo es en modo alguno mantener el ritmo de la "vida espiritual" en la etapa posterior al noviciado. Los miembros de los Institutos de vida activa pueden verse muy interpelados por los requerimientos de los programas académicos y por el apostolado que ejercitan; a veces las mismas instituciones, limitadas en sus efectivos y considerando su juventud y capacidades, los cargan indebidamente.

¹³ *Orientaciones*, 65. Este paso lo formula así san Ignacio de Loyola: "después que se viere en ellos el fundamento debido de la abnegación de sí mismos y aprovechamiento en las virtudes que se requiere, será de procurar el edificio de letras y el modo de usar de ellos, para ayudar a conocer y servir a Dios". *Constituciones de la Compañía de Jesús* [307].

¹⁴ Aunque muchos candidatos tienen notable conocimiento de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, todos los jóvenes en formación deben tener la oportunidad de acceder a un nivel suficiente de estas herramientas para su futuro uso apostólico y personal; pues no todos han tenido las mismas oportunidades antes de su ingreso.

También la vida monástica puede verse dispersa a causa de las muchas actividades y aprendizajes de una etapa con probables demandas de comunidades envejecidas. Pues con demasiada frecuencia las comunidades y obras apostólicas tratan a los profesos y profesas temporales como religiosos ya plenamente integrados y formados, con peligro actual para su formación y con un daño diferido para las mismas comunidades.¹⁵

Los objetivos de la etapa, por lo tanto, se suelen alcanzar a través de las crisis normales que jalonan estos años.¹⁶ En el caso de los junioros y junioras las crisis suelen venir por distintos retos en el ámbito académico o intelectual, en la pastoral o en el ámbito afectivo, entre la difícil soledad de la persona consagrada y la necesidad de una mayor cercanía afectiva, dentro o fuera de la comunidad. Además les puede afectar la creciente irrelevancia social de las personas consagradas, la pereza o incapacidad de algunos Institutos para el cambio que demandan las nuevas generaciones y la falta de flexibilidad en las veteranas estructuras para acomodarse a los tiempos actuales, pues "siempre se ha hecho así".

De modo que en esta difícil etapa los programas formativos no pueden ser solamente marcados por los imperativos académicos, sino que deben ayudar al paso interior de la ilusión ingenua al realismo cristiano y de los proyectos individuales al sacrificado compromiso con el cuerpo y misión común del Instituto. Y para esto no basta estudiar bien.

La formación pastoral en esta etapa puede proporcionarse con alguna aportación de iniciación teórica (a veces, demasiado escasa); aunque más bien suele confiarse al aprendizaje de la pura experiencia, quizá acompañada por una adecuada "tutoría" de iniciación práctica o, más generalmente, fiado su aprovechamiento a la madurez del joven profeso y a una gracia de Dios que no puede suplir lo que correspondería más bien a mediaciones formativas inexistentes. En todo caso

¹⁵ Es claro que los documentos piden mayor progresividad en la asunción de responsabilidades (cf. *Orientaciones*, 49 y 62). Dice CIC 660: "durante el tiempo dedicado a esta formación no se confíen a los miembros funciones y trabajos que la impidan".

¹⁶ Y que evocan las crisis de los discípulos de Jesús; cf. *Orientaciones*, 59, que cita Mc 8,31-37; 9,31-32; 10,32-34.

la iniciación pastoral (incluyendo la de los recién ordenados sacerdotes) suele vivirse por los jóvenes como etapa más bien gratificante, donde se perciben a sí mismos como capaces y significativos, útiles y acogidos, con una relevancia personal y social que antes no sentían y ejercitando mucho de lo que soñaron en su primera vocación.

Pero este gozo subjetivo no siempre constituye una pura consolación espiritual, pues puede haber mucho de naturales alegrías humanas en esta experiencia pastoral. Con todo, es parte necesaria de la etapa formativa que, bien acompañada, permite confirmar la vocación, adquirir muchas habilidades y actitudes pastorales y preparar mejor a su compromiso definitivo a quien se está acercando al final de su formación inicial.

Incorporación al Instituto y a su misión

A lo largo de la profesión temporal los jóvenes se han ido incorporando paulatinamente a la misión específica y al estilo de vida del Instituto, de modo que la profesión definitiva sella este compromiso y esta pacífica aceptación de las condiciones reales del grupo religioso en que se compromete cada uno.

Pero la formación permanente se abre como un espacio de consolidación de la transformación iniciada y de renovación continuada de la respuesta vocacional en medio de situaciones sociales y personales siempre nuevas¹⁷. El consagrado y la consagrada han de afrontar durante toda su vida tanto la renovación profesional, teológica y espiritual como la revisión asidua de su ser de personas consagradas en tiempos y circunstancias para las que no se prepararon. Lo cual garantizará, además, la versatilidad y creatividad del Instituto para recibir nuevas vocaciones e ilusionarlas con la fuerza de un carisma original siempre fresco.

En conclusión, las distintas etapas de formación ofrecen una propuesta institucional objetiva y necesaria; un camino muy pensado, pro-

bado por la experiencia y actualizado periódicamente, que refleja en buena parte el itinerario original de los fundadores y la mistagogía que el carisma ha ido encontrando como válido.

Pero estas etapas deben estar bien ensambladas entre ellas y aplicadas de modo personalizado para facilitar un proceso personal de asimilación que, en definitiva, es el que garantiza el crecimiento formativo. Este reto de lograr que la oferta objetiva se asimile subjetivamente permanece siempre abierto; indicamos a continuación algunas claves y condiciones para facilitar y evaluar esta asimilación personal de la vocación.

2. La formación como proceso subjetivo: la internalización

La formación inicial se entiende como "proceso evolutivo que pasa por los diversos grados de la maduración personal –desde el psicológico y espiritual al teológico y pastoral–" (NC 65), como camino único "que un candidato recorre de modo adecuado, o bien que se frustra en alguna de sus fases. Pues la experiencia nos dice que no siempre el joven o la joven alcanzan los objetivos que cada etapa parece requerir. Los numerosos abandonos de la vida consagrada que continúan produciéndose¹⁸, así como los más numerosos que perseveran en ella de modo poco significativo, confirman la gran dificultad de la formación para alcanzar sus fines.

También sucede, por otro lado, que no pocas personas muestran una madurez notable desde el comienzo de su vocación y viven con alto grado de internalización muchas de las ayudas pedagógicas que las etapas de formación proponen, por lo que a veces aprovechan una aplicación más libre de los ritmos formativos ordinarios. ¿Podemos encontrar señales de este camino de madurez en las personas que empiezan la vida consagrada? Proponemos a continua-

¹⁷ Insiste en la formación continua ya CIC 661. Ver también *Orientaciones*, 66-71 y VC 69-71.

¹⁸ Tres mil abandonos cada año, según el secretario de la Congregación, Monseñor José Rodríguez Carballo (datos revelados en la "Semana de Vida Religiosa", Lima, 28 de abril de 2015).

ción algunos signos que nos pueden ayudar a entender mejor el proceso formativo bien logrado en algunos aspectos que garantizan mejor el crecimiento espiritual y la integración de los elementos objetivos de la formación.

Responsabilidad en la formación

Los documentos actuales afirman que la primera responsabilidad en su crecimiento vocacional la tiene la misma persona en formación: “el llamado está pues continuamente invitado a dar una respuesta atenta, nueva y responsable”.¹⁹ Y esto no es una especie de concesión a lo “políticamente correcto”, sino una realidad antropológica: si el sujeto no está motivado para recorrer un largo camino y para aceptar algún cambio en su persona, todos los esfuerzos que se hagan desde fuera serán muy poco duraderos.

Este protagonismo y responsabilidad se refiere al aspecto indicado de la motivación y esfuerzo para cambiar. Pero también hace referencia al derecho a ser escuchado y comprendido en su personalidad natural, sus mociones espirituales y su comprensión de la propia vocación, derecho del que deriva la necesidad de la personalización. Aunque un joven lógicamente no conozca plenamente el carisma, sí tiene una experiencia (de Dios, del mundo y de sí mismo) que la congregación tiene que reconocer, acoger y cultivar. Pues a medida que los sujetos en formación incorporan el carisma, también ellos “releen” dicho carisma y renuevan la misma institución con sugerencias, propuestas comunitarias, litúrgicas y apostólicas.²⁰ Con este tipo de personas, ciertamente, la formación se hace verdadera colaboración, puesto que es más fácil explorar y probar áreas novedosas, aceptando muchas de sus propuestas.

¹⁹ *Orientaciones*, 29.

²⁰ El papa Francisco, dirigiéndose a los jóvenes consagrados, dice: “Sois el presente porque ya vivís activamente en el seno de vuestros Institutos, ofreciendo una contribución determinante con la fe oscura y la generosidad de vuestra opción. (...) tendréis ocasión de (...) ofrecer la pujanza y lozanía de vuestro entusiasmo, y así desarrollar juntos nuevos modos de vivir el Evangelio y respuestas cada vez más adecuadas a las exigencias del testimonio y del anuncio”. “Carta apostólica a todos los consagrados con ocasión del Año de la Vida Consagrada”, 1,3 (21.11.2014).

Un joven o una joven receptivos a la formación y motivados para seguirla no solamente hacen más fácil la labor de los formadores, sino que muestran que el proceso subjetivo se va desarrollando adecuadamente. Este modo de asumir su responsabilidad es un vector que atraviesa todas las etapas de la formación. De modo que si, por el contrario, no encontramos esta disposición, o si el protagonismo indicado se expresa como reivindicación de derechos o de autonomía rebelde, entonces estamos muy probablemente ante el famoso “efecto túnel” de la formación: “yo cumpliré lo mandado mientras esté en la formación, pero luego haré lo que me parezca mejor”.

Discernimiento de la experiencia de Dios

El discernimiento es otro de los parámetros formativos que podemos considerar como signo de maduración a lo largo de las etapas de la formación.²¹ El sujeto ha de usar de modo creciente un discernimiento verdaderamente espiritual mediante el que no solo se sepa situar en el bien frente al mal, sino que aprenda a apreciar “lo mejor” entre las muchas y buenas posibilidades que le ofrecerá la vida consagrada.

¿Qué caracteriza una buena asimilación del discernimiento en la formación? En primer lugar, buscar la experiencia de Dios y perseverar en ella, pues “es Dios mismo quien llama a la vida consagrada en el seno de la Iglesia. Es Él quien, a lo largo de toda la vida del religioso, conserva la iniciativa”.²² Dios, pues, sigue llamando a desprenderse de sí mismo en el postulantado, a unirse más con Él en el noviciado, a formarse y a estar atento al mundo en el juniorado; y siempre invitando a convivir de modo nuevo en comunidad, a responder con más fidelidad a la consagración, a tener relaciones más libres y oblativas, a romper la dinámica de la posesividad de cosas y personas, a ser dócil y colaborativo con las mediaciones eclesiales. Y no se le podrá escuchar a Dios sin dedicar tiempos adecuados a la oración personal y dis-

²¹ Habla del discernimiento en la formación: *Orientaciones*, 19, 30, 52, 62 y 63. También para la vida consagrada, por ejemplo, VC 39, 62, 63, 71, 73, 74, 79-81, 84 y 94.

²² *Orientaciones*, 19.

cernirla, sin hacer al final del día una pausa para reconocer su presencia en esa jornada, sin acudir al Pan y a la Paldabra, sin reconciliarse con Él y con los hermanos cada cierto tiempo.

Un discernimiento también antropológico

Pero no basta con acercarse a Dios. Discernir las mociones de Dios requiere distinguir las de las mociones propias (y de las del mal espíritu, que también tiene interés en engañar al joven religioso). El discernimiento no es fácil, por la presencia y multiplicidad de muchas mociones distintas en el corazón²³. Por eso el discernimiento espiritual requiere absolutamente del conocimiento propio, que posibilitaría así una especie de "discernimiento antropológico" que ayudaría a acertar mejor al que discierne, en definitiva, a "distinguir entre lo que viene del Espíritu y lo que le es contrario (cf. Gal 5,16-17.22; 1Jn 4,6)" (NC 73).

El contraste con otra persona es otro requerimiento clásico del buen discernimiento, porque la mirada externa ayuda a no ser confundido por cualquier espíritu que no sea de Dios; pues el engaño es muy posible en los que progresan en la vida espiritual, ya que "con causa puede consolar al ánima así el buen ángel como el malo, por contrarios fines"²⁴.

Creer en la capacidad de discernimiento (con la ayuda de otra persona y también de modo personal) es por lo tanto una característica del religioso o religiosa en formación que crece adecuadamente. Es algo que se hace progresivamente; pues uno es el discernimiento inicial y global de la vocación; otra cosa es la escucha de las mociones particulares de la oración de un novicio; y otra todavía es discernir las múltiples consolaciones y desolaciones con causa que trae la vida coti-

diana, sobre todo a los profesos temporales, en contacto con la pastoral, los estudios, la convivencia comunitaria, los pequeños o grandes destinos recibidos y ante el "realismo cristiano" de seguir la vocación en una congregación y en una Iglesia que no ve perfectas.

El discernimiento, por lo tanto, ha de crecer y afinarse continuamente. Pero su presencia en un joven formando será señal de una buena personalización de la formación, mientras que la incapacidad humana o espiritual para este discernimiento para pasar de lo bueno a lo mejor dejará abierta la duda a la capacidad de esa persona para seguir creciendo.

Acompañamiento personal

El formador es un colaborador de "la acción del Padre que, mediante el Espíritu, infunde en el corazón de los jóvenes y de las jóvenes los sentimientos del Hijo" (NC 66). Teológicamente su papel es secundario, pero pedagógicamente es fundamental, pues el recorrido por las etapas de la formación pide que los candidatos y jóvenes profesos reciban una ayuda adecuada. Esto significa que vivan en una comunidad suficientemente significativa, que crea y disfrute la consagración que profesa; pero especialmente implica un acompañamiento personal frecuente en todas sus etapas.

Es cierto que hoy numerosos candidatos acceden a la vida consagrada con bastante edad, siendo plenamente adultos desde un punto de vista profesional, relacional y humano. Algunos formadores y superiores mayores consideran que con estas personas basta comprobar su vocación inicial para que ellas mismas se sepan administrar a lo largo de la formación, sin "infantilizarlas" con un acompañamiento excesivamente cercano. Y por supuesto que hay muchos modos de acompañar de modo dependiente, tutelar, controlador e infantilizante. Pero la vida consagrada introduce a estos candidatos en una situación totalmente nueva, donde las reglas del adulto común no sirven siempre. Para aprender a orar de modo personal, a discernir, a ver a Dios en la nueva vida que se empieza, a manejar las múltiples tensiones y contradicciones que apreciarán los candidatos en sí mismos y en su

23 Ignacio de Loyola habla de tres pensamientos: el bueno, el malo y el propio mío. [*Ejercicios espirituales* (321)], como lo habían hecho Orígenes y Juan Climaco. Otros autores, como Enrique de Friemar, Bernardino de Siena o Dionisio el Cartujo, hablan de cuatro instintos o espíritus; y san Bernardo habla de seis espíritus (el divino, el angelical, el diabólico, el de la carne, el del mundo y el nuestro): Aa. Vv., "Discernement des esprits"; Aa. Vv., *Dictionnaire de Spiritualité*, v. III, Beauchesne, Paris 1957, cols. 1247-1266.

24 IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios espirituales* (331).

entorno no va a ser suficiente una entrevista cada dos meses. Se precisa un acompañamiento cercano, frecuente y plenamente adulto.²⁵

La capacidad para este tipo de acompañamiento afecta en primer lugar a los formadores, pero es también una señal de maduración para la persona en formación, sea joven o de más edad. De modo que facilitar al formador las entrevistas de acompañamiento será una buena señal del aprovechamiento en la formación. Esto se muestra, por ejemplo, al ser claro y humilde en la comunicación de sí mismos, al dejarse preguntar y confrontar de vez en cuando, al recibir las observaciones que le haga el formador (muchas veces recogidas de la comunidad). Pero también se muestra esta capacidad de ser adultamente acompañado cuando el joven en formación no comparte la misma opinión del formador y ofrece tranquilamente sus puntos de vista, cuando hace propuestas para la vida comunitaria, litúrgica o pastoral, cuando defiende a un compañero o cuando critica a la comunidad o al mismo formador de manera razonable y constructiva. Una relación de acompañamiento entre dos adultos consagrados puede ser muy libre, pues ambos buscan la verdad de Dios en el marco de los usos de la congregación.

Crisis y cambio

A lo largo de la formación nos encontramos con numerosas crisis, que inquietan a formadores y acompañantes; crisis que no se pueden programar ni predecir, aunque algunas puedan ser más típicas de alguna etapa. Además, no todas son necesarias ni ayudan al crecimiento, ni todas las quiere Dios. Aparte de algunas (relativamente escasas) crisis propiamente psíquicas, de inmadurez psicológica, que hay que atender convenientemente, otras muchas parecen ser más bien de tipo conjuntamente humano y espiritual, y no estrictamente espirituales.²⁶ Pero las crisis son inevitables y pueden servir para crecer.

²⁵ El principal instrumento de formación es el coloquio personal, que ha de tenerse con regularidad y cierta frecuencia, y que constituye una práctica de comprobada e insustituible eficacia" (NC 66).

²⁶ En la experiencia de muchos, en la formación no abundan las crisis estrictamente espirituales (de estricta fe o de purificaciones divinas), sino que son más frecuentes las de tipo mezclado entre lo humano y lo espiritual: falta de gustos sensibles, añoranzas del pasado, problemas relacionales o con la institución, apegos y desapegos comunitarios, proyectos académicos personales, protagonismos o autonomías en la pastoral, relaciones afectivas ambivalentes, dificultades con la castidad y cosas por el estilo.

De modo que el estilo al abordar una crisis indicará una mayor o menor capacidad de crecimiento de la persona en formación. El conocimiento propio, la transparencia y el dejarse ayudar facilitará mucho un buen manejo de la situación. También la capacidad de volver a lo esencial, a lo primero y fundante, que es el encuentro con Cristo.

El formador parece que acertará mejor si le ayuda a volver a lo esencial, dejando de lado detalles menores que no añaden demasiado al cuadro general. En las primeras etapas lo esencial es saber si hay o no llamada; y después de los primeros votos esto sigue siendo lo esencial, aunque se puede ir al núcleo del posible engaño (la afectación desordenada) que a veces puede obsesionar demasiado a los jóvenes profesos: la cosa buena que les parece irrenunciable pero que (secretamente) les reporta notable gratificación indirecta. Si se dejan cuestionar estas opciones aparentemente buenas, estamos ante personas flexibles que pueden ordenar estos apegos y salir purificadas de la crisis.

Las crisis propician cambios, sin duda. Pero nos muestran también la capacidad de *cambio afectivo* que tiene cada persona, pues ese cambio del corazón garantiza mejor el cambio profundo que un cambio que sea solamente mental o de conductas. El cambio afectivo arranca en la comprensión afectiva y se muestra en la "bojiada" o caída de algunas defensas, lo cual facilita mucho la humildad verdadera. Este tipo de cambio implica la acogida afectiva del otro, la capacidad de fiarse, y la comprensión teológica de la palabra del otro como verdadera mediación cristiana. Este estilo en un formando, verificado de vez en cuando, garantiza mejor la capacidad de crecimiento ordinario y en las crisis de los que están en formación. Pues un cambio afectivo deja el corazón más sensible y permite captar las cosas desde el corazón; cambia la mirada del sujeto hacia el mundo, a la comunidad, a la congregación y a la Iglesia. La persona que cambia afectivamente es más empática, más sensible y más cercana al otro.

Es de notar que este cambio afectivo no se muestra necesariamente en una mayor efusividad en gestos o palabras, pues esto depende más del estilo de carácter de cada cual; pero sí podría manifestarse en una vivencia más gozosa de su vida consagrada, pues incorpora

más afectivamente los valores vocacionales. Vivirá los votos con esfuerzo en ocasiones y con facilidad en otros momentos; pero siempre cordialmente. Se implicará en comunidad (y a veces se desesparará con ella), pero no vivirá nunca como huésped o como invitado en su casa. No estará siempre de acuerdo con sus superiores y expresará sus preferencias con libertad, pero será un interlocutor honesto con el que podremos entendernos con franqueza.

Verificación de la madurez

La verificación de la madurez de las personas en formación viene marcada con frecuencia en los planes de formación con la descripción de algunos rasgos específicos para cada etapa y para las distintas dimensiones de la formación. Son ítems que los equipos formativos pueden concretar un poco más en indicadores más constatables y cercanos a cada provincia o región. Para esta tarea difícil de aquilatar la madurez religiosa pueden también ayudar algunos criterios transversales (verificables a lo largo de las distintas etapas) de lo que se ha llamado "madurez existencial", que se han hallado ser rasgos empíricamente fiables de esta madurez de una vocación, manifestada en la vida vivida.²⁷

Un primer criterio es la constancia y perseverancia en la misión y tarea propia del religioso en cuestión, sea el estudio, el trabajo doméstico o el apostolado; pues esta estabilidad pacífica a largo plazo no se puede apoyar solamente en un estilo de carácter, sino que precisa de una motivación sobrenatural más profunda.

Otro criterio es la fidelidad a los valores vocacionales, reflejados en los votos, la unión con Dios y el seguimiento de Cristo, que se puede verificar por dos indicadores de tipo existencial. Uno es la presencia de una relación con Cristo que sea fiel, personal y afectiva, manifestada

en una oración personal de cierta calidad, aunque no siempre necesariamente consolada. El otro indicador viene dado por la vivencia de una castidad que excluye la gratificación sexual y evita las relaciones afectivas dependientes o simbióticas.

Y el tercer criterio existencial considera la calidad de las relaciones interpersonales que establece la persona; concretamente, se trata de comprobar la capacidad de relaciones equilibradas con superiores e iguales, dentro y fuera de la comunidad.²⁸ Y para ser "expertos en comunión" se requiere que este equilibrio se muestre de modos muy concretos.²⁹

Estos criterios recorren todas las etapas de la formación, pero constituyen a la vez una referencia válida en cada etapa de formación de modo que los formadores y superiores pueden usarlos como indicadores bastante fiables para verificar el progreso y la consistencia de una vocación.

La formación como internalización

La "consagración" de toda la persona a Dios y a su Reino es el elemento central de la vocación, el que ha de unificar todo el proceso de la formación. Y vivir como consagrados nos hace a todos los religiosos transitar un camino contracultural que, sin embargo, nos unifica y nos integra en nuestras dimensiones humanas y espirituales hasta llegar a la plenitud de la configuración con Cristo y la unión con él.

Para acercarnos a este horizonte de sentido pleno, la propuesta de la Iglesia y de los Institutos es la formación vocacional, inicial y permanente. El fin de esta formación la podemos formular en términos antropológicos como un proceso de *internalización*³⁰ de los valores

²⁷ Los constata empíricamente L. M. Ruia, *Antropología de la vocación cristiana*, 2.

Confirmaciones existenciales, Sociedad de Educación Aletas, Madrid 1994, pp. 144-146, 279-281; los reelabora A. Bisi, *Madurez humana, camino de trascendencia*, Sociedad de Educación Aletas, Madrid 1996, pp. 237-240. He recogido estos y otros criterios de madurez vocacional en *Discernir la llamada. La valoración vocacional*, San Pablo — Universidad Pontificia Comillas, Madrid 2008, pp. 169-177.

²⁸ La madurez en las relaciones como criterio para verificar la madurez humana es compartido prácticamente por todas las escuelas de psicología.

²⁹ El papa Francisco señala que "la crítica, el chisme, la envidia, los celos, los antagonismos, son actitudes que no tienen derecho a vivir en nuestros casos"; "Carta apostólica a todos los consagrados...", o.c., II, 3.

³⁰ El concepto se explica en L. M. Ruia, *Antropología della vocazione cristiana*, 1. *Basi interdisciplinari*, EDB, Bologna 2006, pp. 318-319. Textos que reflejan este horizonte son Gál 2,20 y 2Cor 5,14-15.

vocacionales. Internalizar es aceptar los valores vocacionales (los revelados y vividos por Cristo) y dejarse cambiar por ellos por la importancia intrínseca que tienen dichos valores y no por las ventajas o gratificaciones que pueden proporcionar. Por eso, el joven candidato o profeso temporal que crece en capacidad de internalización en cualquier etapa está sin duda aprovechando muy bien la formación que recibe.

La internalización no se percibe siempre en cada conducta particular, sino en la motivación de fondo que le mueve y en las razones que explicita cuando se le pregunta el por qué de una decisión. Por ejemplo, si una joven religiosa obedece a su superiora porque es su superiora religiosa, y no por miedo a sus "represalias" (que pudieran suceder), esa religiosa internaliza mejor la obediencia que si lo hiciera por esta segunda razón o por "no disgustar" a esa persona a la que quiere o admira. Si un joven religioso expresa con libertad su parecer para mejorar la vida comunitaria (que ha pensado mucho y orado ante el Señor), en vez de callarse porque a algunos compañeros no les gustará su intervención, ese joven internaliza mejor que si aceptara por miedo el parecer común de una menor exigencia comunitaria. Si una persona en formación opta por limitar voluntariamente su uso del teléfono móvil o su cuenta de "Facebook" porque le dispersa en demasía o se ve demasiado pendiente de relaciones ambivalentes, esa persona se plantea de modo más internalizado el problema que si lo hiciera solamente por la insistencia machacona de los formadores o por puro miedo a caer en una "doble vida". Son ejemplos sencillos entre otros muchos con los que el formador puede rastrear el grado de internalización en la vida cotidiana del formando.

La internalización se contrapone a otros procesos por los que uno podría decidir cambiar, en parte ya aludidos en ejemplos anteriores, y que están muy presentes en la formación, aunque nos cueste reconocerlo a los formadores. Por ejemplo, el que cambia por *complicencia* lo hace por alguna ventaja que saca de la nueva conducta: un provecho material, afectivo, relacional, social o de cualquier otro tipo; o quizá por evitar una contradicción en alguno de esos terrenos. El premio puede ser un permiso, una excepción, una sonrisa, una predilección o su buena fama; y los castigos pueden ser ejemplos de lo

contrario, pero también podría ser arriesgar la concesión o renovación de los votos, recibir un destino no deseado o impedir unos estudios apetecidos. Y es que llevarse bien con los superiores puede tener muchas ventajas, y tener dificultades con ellos puede reportar inconvenientes.

Aunque los formadores no utilicen estos recursos con mucha frecuencia, el cambio por complacencia no depende solamente del formador, sino también del sujeto; pero en todo caso la complacencia no forma personas que internalicen, sino personas externamente dóciles que serán más dependientes de la fuente directa de gratificación o castigo que del evangelio y de las mociones del buen espíritu.

Por su parte, el que cambia por *identificación* lo hace por un proceso personal un poco más elaborado. Tal persona se identifica y toma como referente (o como modelo) a personas o instituciones, de modo que quiere asemejarse a ellas o desea de alguna manera apropiarse de alguno de sus rasgos. Este proceso emplea quien desea ser como su fundador; pero también quien admira al pastoralista creativo y cercano que le "contagió" la vocación, y quiere parecerse a él; o quien quiere ser miembro de una congregación porque en ella todos parecen muy bien formados e independientes (aunque su percepción esté equivocada!); o quien admira a su maestro/a de novicios/as y desea ser como ellos.

La identificación es un proceso natural y positivo en el desarrollo de la personalidad que puede tener también su papel en la formación vocacional. Pero es un proceso ambivalente para el cambio formativo, pues un joven puede identificarse con la fuerza de carácter de su modelo, otro con el prestigio que tiene en la provincia por su inteligencia, otro con su simpatía y otro con su poder de convocatoria. Se trata de buenas cualidades humanas, pero que no son propiamente valores vocacionales, de modo que podríamos hablar de una identificación que no lleva a la internalización.

Por el contrario, existe una identificación que sí lleva a la internalización, y es cuando se descubre en el modelo una realización de los valores vocacionales y se siguen esos valores, más que al modelo en

cuestión³¹. Es cuando los jóvenes formandos valoran el estilo de oración de sus formadores, o la misericordia que muestran al acoger las debilidades, o el compromiso apostólico que desarrollan en sus ministerios. De modo que no es igualmente válido todo tipo de identificación. Este segundo tipo de identificación es el que permite que la buena formación se realice "por contagio" de forma muy válida, pues (especialmente en los candidatos jóvenes) los ejemplos de vida motivan más que las teorías.

* * *

Hemos presentado el itinerario formativo como un proceso único y hemos rescatado algunos rasgos significativos y transversales que pueden tomarse como referencias válidas para reconocer la maduración vocacional a través de las distintas etapas formativas. Podrían añadirse, sin duda, otros rasgos; pero los indicados nos parecen suficientemente significativos y orientadores para el discernimiento de todos los implicados en esta aventura: los jóvenes y las jóvenes en formación y sus superiores y superiores. Ellos pueden motivar a "vivir el presente con pasión", con el "amor apasionado" que nuestros fundadores y fundadoras mostraron en su seguimiento y unión con Cristo.³²

³¹ El concepto, en L. M. Rulla, *Antropología della vocazione cristiana*, I, o.c., p. 324.
³² Cf. FRANCISCO, "Carta apostólica a todos los consagrados...", o.c., I,2-3.